

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR
ARTURO USLAR PIETRI
PARA AGRADECER EL HOMENAJE QUE CON MOTIVO
DE SUS OCHENTA AÑOS
LE RINDIERON LAS ACADEMIAS NACIONALES**

No tengo palabras para decir mi agradecimiento ante este abrumador homenaje que con tanta benevolencia me tributan las Academias Venezolanas. Cuatro de ellas me han abierto generosamente sus puertas, la de Ciencias Políticas y Sociales, la de la Historia, la Venezolana correspondiente a la Real Española, y la de Ciencias Económicas. Hoy se suman generosamente a este homenaje, con munificencia cordial, las Academias de Medicina y la de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales. Qué aplastante presencia para un hombre que nunca ha perdido el sentido de sus limitaciones.

Las Academias Nacionales han delegado su voz en el doctor Tomás Polanco Alcántara, quien con amistosa liberalidad, ha dibujado de mí un perfil que me excede en todas las dimensiones. Esa voz amiga y cordial da el tono

exacto de este homenaje y me coloca indefectiblemente en la difícil posición del deudor insolvente, pues nunca podré pagar, ni siquiera en parte, la enorme deuda de gratitud que hoy he contraído.

Ha querido, para su simbolismo cabal, el destino que nos reunamos hoy en estos viejos claustros de San Francisco, tan estrechamente ligados a la historia intelectual de Venezuela, desde sus iniciales días de apostólica enseñanza y ejemplo, en los que más tarde hizo tan larga posada la Universidad, hasta hoy, en que se ha convertido en el digno y prestigioso asiento de las Academias Nacionales, de estas ilustres corporaciones llamadas a congregar en su seno lo más prestigioso y señalado de la inteligencia nacional.

Ante este senado de la ciencia y de la inteligencia venezolana no podría yo, en esta singular ocasión, limitarme a las muy sinceras manifestaciones de mi gratitud personal, es una ocasión excepcional la que se me brinda y sería inexcusable que no me refiriera a las grandes cuestiones y a las ingentes tareas que se ofrecen a la inteligencia venezolana en esta hora singular, en espera de respuestas que sólo ella está llamada a dar.

Está aquí congregada la más elevada representación de los hombres de ciencia y de los de letras, los que escudriñan con ojos sagaces la naturaleza y la vida orgánica, los que se interesan por la vida social, en su pasado y su presente, los que se aventuran en el ilimitado espacio de las ideas en una hora que se caracteriza por la más completa y violenta transformación jamás conocida en el campo del saber humano, y los que expresan en el misterio del lenguaje las iluminaciones a las que el hombre puede llegar. Podría decir, sin exageración, que está aquí representada la conciencia venezolana que es, al mismo tiempo, conocimiento exacto

y ponderado de las cosas que nos rodean y reflexión fecunda e inagotable sobre el propio ser.

Cabría preguntarse, y es una tentadora y temible pregunta ¿qué ha hecho la inteligencia venezolana por entender y servir al país? ¿hasta qué punto ha podido ser su nodriza y su guía y hasta qué punto le ha dado la espalda, lo ha desconocido o deformado y se ha encerrado en sí misma en una actitud no pocas veces desdeñosa y estéril? Tomar conciencia de lo que somos y ponernos al día con el mundo nunca ha sido tarea fácil para ningún pueblo. Podríamos decir, que las naciones que han progresado mas en el camino de la inteligencia son, precisamente, aquellas que más decididamente han dirigido su reflexión y su creación a su propia situación y a su destino en el fluir histórico.

Si diéramos por buena esta afirmación tendríamos entonces que preguntarnos ¿desde cuándo y cómo, la inteligencia venezolana toma conciencia de su propia situación y en qué forma ha asumido su papel ante el país que debía expresar y dirigir? Esto significa volver los ojos a una historia difícil y lenta, marcada por el retraso y el aislamiento. Bastaría recordar que la imprenta no aparece entre nosotros sino después de trescientos años de vida colonial, que la primera noticia del pensamiento racionalista y sensualista llega apenas a fines del siglo XVIII, que la primera mesa de disección anatómica se instala después de la Independencia, y que las primeras obras literarias en las que asoma una expresión de identidad propia aparecen ya entrado el siglo XIX.

Caracciolo Parra León, a quien no se le ha reconocido suficientemente su decisiva contribución a la historia de las ideas en Venezuela, en su "Filosofía Universitaria Venezolana" nos ha revelado, entre otras cosas de mucha

monta, el pavoroso atraso de la Universidad venezolana en el siglo XVIII. Es en los años finales de ese siglo, propiamente entre 1770 y 1810, que gracias a Valverde y Marrero y a muchos otros llega a las aulas universitarias el pensamiento de Descartes, el de Bacon, de Condillac, de Newton, de Locke, de Lamarck y de Adam Smith. Es apenas entonces cuando se desgarran el velo que nos había mantenido separados del mundo del saber y que jóvenes venezolanos pueden lanzarse con avidez, en busca del tiempo perdido, sobre las nuevas certidumbres e interrogaciones para tratar de asimilar el inmenso tesoro del progreso intelectual de Occidente.

Se ha hablado mucho del milagro de la generación de la Independencia, de ese prodigioso florecer de grandes personalidades del pensamiento y de la acción que van desde Bello hasta Bolívar y desde Simón Rodríguez hasta Roscio. Ese milagro tiene una explicación. La Universidad venezolana, la pequeña casa de la inteligencia de aquellos tiempos, había logrado abrirse a las perspectivas de las novedades del pensamiento europeo y, como de una muy retardada lluvia sobre una tierra que había permanecido yerma, brota aquella vegetación gigante y poderosa que en breves años va a transformar las ideas y el destino de los venezolanos.

Ese brote súbito y admirable fue destruido, en gran parte, por el costoso proceso de la Independencia. Venezuela pagó el más alto precio de ninguna patria americana para alcanzar su Independencia, quince años de guerra, en el propio suelo y fuera de él, destruyeron aquella primavera de esperanza.

Los núcleos creadores de progreso intelectual se dispersaron o perecieron, el despertar de las letras, las ciencias y las artes quedó detenido, destruido y el lugar que debieron

ocupar los hombres de pensamiento y sabiduría lo ocuparon, fatalmente, los caudillos de la montonera ineducada.

En este punto debemos evocar el nombre de uno de los hombres más grandes y útiles que han nacido en este suelo, el doctor José María Vargas. Con una vocación prometeica, con un desdén heroico por el tamaño de las dificultades, con una vocación de servicio que toca en la santidad, aparece, casi solo e inerme, a enfrentar el atraso y la ignorancia y a reanudar la marcha hacia el progreso intelectual. Lo que el doctor Vargas realiza, con su tenaz vocación de servir, es casi mítico. A partir de su regreso, en 1826, dedica su vida a enseñar, a sembrar conocimientos, a despertar vocaciones, a difundir la ciencia que ha traído de Europa, a suscitar interés, curiosidad y a transformar la situación y la realidad científica del país.

Lo que Vargas logra alcanzar en esos años de total y serena entrega de su vida al servicio de la ciencia en su país no se puede expresar sino en términos de asombro. Con el apoyo decidido de Bolívar transforma aquella Universidad agonizante en el semillero de hombres capaces de transformar el destino de la nación. Nunca se detuvo a medir las dificultades de la empresa, ni a ponderar el mérito de sus esfuerzos. Hacía aquello porque había que hacerlo y él estaba dispuesto a dar su vida para hacerlo. Inmarcesible y precioso ejemplo para todas las generaciones de universitarios venezolanos el que dejó aquel hombre que nunca se detuvo a averiguar con cuáles recursos contaba o cuál era la remuneración que había que recibir, ni de qué tamaño era el esfuerzo que iba a emprender, sino que se puso total y pacientemente a la tarea y, como por obra de magia, a lo largo de sus fecundos años hizo surgir una brillante generación de hombres de ciencia, hizo de la naturaleza desconocida su campo de investigación, incorporó las mas avanzadas novedades científicas, creó una conciencia

de servicio y una sed de saber y abrió las puertas para una Venezuela que pudiera enfrentar con decisión los obstáculos del medio y del pasado.

La siembra de Vargas se agotó por falta de renovación y continuidad. El país entró en el largo proceso de desintegración y empobrecimiento de las guerras civiles, del que sólo hubo una tregua reparadora bajo la autocracia de Guzmán Blanco y que no vino a concluir definitivamente sino bajo la de Gómez. En ese largo tiempo de ceguera y auto-destrucción sobrevivieron algunos focos de ciencia y cultura reducidos a pequeños grupos de hombres que no querían ni podían renunciar a la esperanza de un renacer. Era como un culto de catacumbas, en medio del caos y la ignorancia, que algunos seres apostólicos mantenían para que no se completara la ruina moral e intelectual.

Es precisamente, en esa época atroz de ruina y negación, cuando dos hombres excepcionales: Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst, casi solitarios, casi sonámbulos, forman incipientes grupos para sacudir el inmenso atraso y para dar a conocer las novedades de la ciencia y del pensamiento: las ideas de Comte, las teorías de Darwin, de Huxley y de Spencer, el positivismo filosófico y el determinismo científico. No podía ser mas flagrante y conmovedor el contraste entre aquella vasta geografía humana que parecía regresar a las formas más primitivas de la lucha tribal y a la búsqueda desesperada de un regreso a la civilización y a la comunidad científica mundial.

Parecía una lucha desesperadamente desigual, la de aquel puñado de hombres de pensamiento frente a la estúpida montonera primaria a la que no faltaron nunca ni caudillos ni ideólogos de alquiler.

Ese nuevo renacer se proponía un desmesurado

objetivo de modernidad y superación. De allí surgen, en admirable legión, los renovadores de la enseñanza científica y de la creación literaria y artística: los Gil Fortoul, los Razetti, los Alvarado, los Jahn, los Hernández, los Rangel, el comienzo de una ciencia venezolana actualizada y de una literatura propia.

No fue un camino fácil el que allí comenzó. Literalmente se inició la lucha aún no terminada, la de la Venezuela concebida por su inteligencia y la de la Venezuela atada a su pasado. Una lucha que ni entonces ni ahora podría resolverse por la imposible victoria de ninguno de los dos imprecisos contrincantes sino por el paulatino acercamiento y fusión entre lo deseable y lo real para alcanzar plenamente lo posible, La hechura de un país no ha sido nunca el resultado de un pensamiento abstracto pero tampoco de una aceptación torpe y ciega de los hechos. La inteligencia tiene que allegarse, amorosa y humildemente al país real, para que éste pueda reconocer su camino y avanzar hacia el futuro.

Cuando ese camino fecundo de esfuerzo, de perseverancia y de superación comienza a vislumbrarse irrumpe el gran hecho deformador, desmoralizador e impredecible de la riqueza petrolera. La abundancia de medios, que, en veces, llegó a parecer ilimitada ocasionó la pérdida de la noción de las proporciones, de las etapas necesarias de crecimiento y maduración y la noción atroz de que todo era posible lograrlo, sin plazo ni proceso de crecimiento y consolidación, con sólo dinero.

Mucho se hizo, se adquirieron equipos e instalaciones, se construyó una proderosa infraestructura, el mundo pareció inundarnos en una forma, generalmente, incontrolada e indigesta y se perdió el sentido de las realidades y de las exigencias del crecimiento orgánico.

Hoy desembocamos en una situación que no se parece a ninguna otra que esta colectividad haya conocido en su ya largo pasado. Las duras realidades que por tanto tiempo quisimos desconocer o minimizar reaparecen, inexorablemente, para plantear la necesidad de algunas de las decisiones más difíciles y exigentes que este país haya enfrentado nunca. Es por eso, precisamente, la hora de echar avaramente mano de los recursos humanos de que disponemos y, en primer lugar de toda la capacidad de nuestros hombres de ciencia y de pensamiento.

La tarea que espera ahora el aporte supremo de la inteligencia venezolana nunca ha sido ni más difícil, ni más necesaria. Es el momento de revisar fríamente lo que hemos intentado sin fruto y descaminadamente, de redimensionar nuestras posibilidades y requerimientos, de partir de lo posible y lo deseable, de imponernos una dura autodisciplina del esfuerzo y de los fines.

Este clamor que todos sentimos no puede resonar vanamente en esta casa que es y no debe ser otra cosa que la más alta instancia del saber y de la inteligencia de Venezuela.

Son grandes pero por lo mismo llenas de tentaciones de grandeza las labores que el presente nos ofrece. Desde las dificultades inherentes a nuestra propia situación nacional, hasta los desafíos que el mundo de hoy, en veloz e inabarcable proceso de transformación presenta a los hombres de pensamiento. Integrarse a ese mundo, sin perder identidad y rumbo, concebir la propia forma de nuestra modernidad dentro del futuro inmediato de la sociedad planetaria, enriquecernos mentalmente sin perder la raíz, elaborar un pensamiento que nos sirva y no nos confunda y desvíe, son tareas que el presente exige.

Hay también otras complicaciones no menos importantes que afectan a toda la comunidad pensante del orbe y que entre nosotros comienza a aparecer de manera amenazante. Las imposiciones de la ciencia moderna han provocado un desgarramiento del hombre total con el riesgo de llenar el mundo de la inteligencia y la creación de hemipléjicos mentales con media mente paralizada y yerta. En alguna forma habrá que retornar al ideal del hombre total, aquel microcosmos de los griegos, que reflejaba y expresaba la totalidad del ser y del universo.

En 1959, C. P. Snow, un gran científico inglés que era al mismo tiempo un eminente hombre de letras, lanzó una alerta que no ha dejado de resonar en los medios académicos más prestigiosos. Snow denunciaba, patéticamente, la formación creciente de dos culturas ajenas, diferentes y casi mutuamente desconocidas, que iban fatalmente a empobrecer al hombre y a mutilarlo de la plenitud de su ser. El las identificaba como la cultura científica, de una parte, y de la otra la cultura humanística. La veloz y múltiple expansión del conocimiento científico en nuestros días ha traído como consecuencia la aparición inevitable del especialista, ese hombre; según la irónica frase de Ortega y Gasset, que es "un bárbaro que sabe mucho de una sola cosa".

Snow señalaba el temible empobrecimiento que esta separación iba a causar. No pueden vivir las humanidades ignorantes del mundo creciente y alucinante que la ciencia revela cada día y, tampoco, puede un hombre de ciencia, sin gran detrimento de su comprensión, prescindir del mundo de las letras, el pensamiento y las artes. Según Snow, los científicos se iban haciendo incapaces de leer y de sentir el arte y los humanistas se colocaban en la peligrosa situación de ignorar hasta un principio tan fundamental como la Segunda Ley de la termodinámica, en la que está escrito inexorablemente el Apocalipsis del Universo. Es

profundamente limitante encerrarse en el lenguaje de las matemáticas e ignorar el lenguaje de la poesía que, a la postre, resultan complementarios e imprescindibles. Hoy la ciencia adelanta y se multiplica a una velocidad que no ha tenido precedentes. Ningún hombre culto puede ignorar semejante proceso de transformación que afecta todas las formas de la vida de relación y la concepción misma de la situación del hombre y de su condición. Tampoco puede, sin grave daño, el científico amputarse las más finas y eficaces antenas de su espíritu, para ignorar la vastedad de la creación artística, la crisis del pensamiento filosófico y las múltiples formas de expresión de lo humano que caracterizan nuestro tiempo. En una hora como la que la República atraviesa esta gran reserva moral e intelectual, tiene una alta función que cumplir. Lo que individualmente fue Vargas, lo que en heroica falange fueron los discípulos de Ernst y de Villavicencio, corresponde hoy a las universidades venezolanas, a los calificados cuerpos de investigación y enseñanza, a la inteligencia creadora y a esta congregación de talentos y saberes, a la que no deberían faltar títulos para representar y expresar con autenticidad la conciencia nacional.

No es fácil tarea. Muchos obstáculos se alzan ante mañana empresa, pero no hay otra más digna de ser acometida.

Para ello es necesario partir del reconocimiento sincero de ese deber ineludible de servir al país, de ponerse más allá de lo inmediato y lo particular, de empinarse sobre las naturales limitaciones que a todos nos atan, para alcanzar la visión y la comprensión de todo un pueblo y de su destino.

La empresa fundamental de la Venezuela de hoy es la de ponerla al día con el mundo desde el punto de partida de sus posibilidades reales y de sus circunstancias efectivas. Es una empresa múltiple de evaluación del propio ser

y de la propia situación y sus condicionamientos y de la cambiante situación del mundo. Es una gran ocasión nacional, seguramente la más importante para los venezolanos de hoy y están en esta casa congregados muchos de los hombres que deben concebirla y dirigirla.

